

20728  
Ene 1847  
HISTORIA

# DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

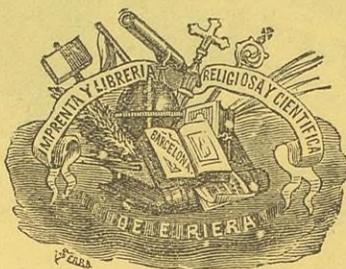
Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA;

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 78.

# DE LAS PERSUASIONES

NOVEDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DE SU VIGILANCIA EN LA TIERRA SANTA

CON UN EXAMEN CRITICO DE LAS CAUSAS DE SU ESTADO EN ESTE PAIS Y DE LOS EFECTOS DE SU  
PROPAGACION EN LOS PAISES DE LA AMERICA DEL NOROCCIDENTE Y EN LOS DE LA AMERICA DEL SURESTE  
Y EN LA EUROPA DEL NOROCCIDENTE Y EN LA EUROPA DEL SURESTE EN GENERAL  
CON UN EXAMEN CRITICO DE LAS CAUSAS DE SU ESTADO EN ESTE PAIS Y DE LOS EFECTOS DE SU  
PROPAGACION EN LOS PAISES DE LA AMERICA DEL NOROCCIDENTE Y EN LOS DE LA AMERICA DEL SURESTE  
Y EN LA EUROPA DEL NOROCCIDENTE Y EN LA EUROPA DEL SURESTE EN GENERAL

DE DON JUAN VILLAR

D. Eduardo María Villar y D. José Mariano Villar

EN ESTADIA

CON MAGNIFICAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO

PREVIA CENSURA DIOCESANA

EN MADRID



BARCELONA

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HEREDERO DE D. CARLOS RIBERA

Calle de la Ribera, número 17 y 19

1872

Quinto 25

Papa exhortaba á sus hijos á la virtud, los husistas invadían un convento de carmelitas y asesinaban á algunos indefensos religiosos. No cabiendo en las iglesias que el débil Venceslao les cediera, reclamaban otras á título de conseguir la libertad de la predicacion.

Juan Domingo, cardenal de Ragusa, se presentó como legado de la Santa Silla. En Praga desplegó la energía de su varonil carácter; pero sus esfuerzos no produjeron ningun resultado. Pronto el príncipe de la Iglesia vino á ser blanco de la ojeriza popular; llenósele de insultos y amenazas, y sólo por la fuga pudo librarse de un cruel asesinato.



OLIVERIO CROMWELL.

Las pasiones populares encontraron un representante digno de ellas en Juan de Trocznow conocido por Ziska ó *tuerito*, á causa de haber perdido un ojo en una batalla. Ziska era todo un valiente y todo un fanático. Dotado de privilegiada imaginacion, no había para él dificultades insuperables. Amigo de Juan Hus, apasionado por el programa de su amigo, la noticia del suplicio de éste le embraveció. Venceslao, en cuya corte Ziska residía, preguntóle cuál era la causa de su tristeza y agitacion: «La nacion, contestó Ziska, acaba de recibir la más desastrosa afrenta.» «Pues bien, contestóle el Rey, ni tú ni yo podemos hoy vengarla; sin embargo, si se te presenta una oportunidad, no dejes escaparla, preséntate y venga á los bohemios.»

Esta invitacion bastó á Ziska para emprender con denuedo la defensa de sus correligionarios. El prestigio de su nombre agrupó á su sombra una hueste de bullientes y apasionados que se lanzaron sobre la ciudad de Pilsen, cuyas casas religiosas saquearon, profanando las santas imágenes. Luégo edificaron una tienda en una vecina montaña, que erigieron en Tabor, y que fortificaron con esmero. Los taboristas escogieron aquel lugar como á santuario donde iban á recibir inspiraciones y á alimentarse con la comunión bajo las dos especies. Pronto los taboristas se distinguieron entre los husitas por los grados de su fanatismo sin límites.

El rey Venceslao, espantado ante los progresos de los rebeldes, retiróse á la ciudadela de Cumradicz desde cuya fortaleza expidió una órden mandando un desarme general. Todas las armas debían entregarse en la real mansion; con cuyo pretexto Ziska congregó sus huestes, las arengó calurosamente, y mandó que, precedidas de la santa Eucaristía, se dirigiesen á la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves y de allí á San Estéban, con el evidente fin de motivar una protesta de parte de la autoridad.

En efecto, el magistrado cívico se presentó á los manifestantes pidiéndoles la autorización con que verificaban aquel acto sedicioso. Aquel funcionario por toda respuesta recibió un diluvio de insultos. Los rebeldes penetraron en la sala del Senado, mientras once senadores escapaban de sus furias; pero siete fueron cogidos y arrojados con el magistrado por las ventanas sobre las picas de los husitas. Mientras se ejecutaba aquella vandálica escena, Juan de Premontre alentaba á los asesinos mostrándoles la sagrada Hostia. En aquel día negro fueron devastados é incendiados los monasterios de Zderaz y el de la bella Cartuja llamado *Jardin de Maria*. Los religiosos que los habitaban fueron coronados de espinas y arrastrados por las calles; aquel tumulto venía precedido de un husita vestido con ornamentos sacerdotales, que danzaba y saltaba, ostentando en su impura mano el cáliz de la purísima sangre. Desde la noche de la cena la Eucaristía no había recibido afrenta comparable á la de aquel día horrendo.

Venceslao al saber los acontecimientos sufrió un ataque apoplético que le arrebató la vida.

El noble fin de la vida de aquel Rey expió las faltas enormes cometidas en su reinado. Entre ellas cuéntase el martirio ejecutado por su órden de uno de los más edificantes sacerdotes de aquel tiempo. Estaba Venceslao casado con Juana, hija de Alberto, duque de Baviera. Habíase designado á la Reina por confesor á Juan de Nepomuc, doctor de la Universidad de Praga y canónigo de aquella metropolitana. La conducta lasciva del Rey tenía afligido el corazón de la Reina, que naturalmente recibía consuelos y consejos de su prudente confesor. Antojósele al rey saber los secretos sacramentales confiados por la reina á Juan, á cuyo fin empleó la seducción y la amenaza. Mas el edificante sacerdote, fiel á su delicadísimo ministerio, rechazó los halagos y los temores; por lo que dispuso se le arrojara al Moldava, ría que atraviesa la ciudad de Praga. Aquel hecho atestiguó la crueldad impía del Monarca, si bien proporcionó á su víctima la auréola más gloriosa, que es la del martirio. En un rezo impreso en Praga en el año 1696 se lee un himno, en el que con tosca forma se describe y comenta aquel hecho, que consternó y escandalizó á la cristiandad entera. Lo insertamos en una nota como monumento religioso de aquel tiempo (1). Cuéntase que á dos sacerdotes que fueron á recriminarle

(1)

*Sævus, piger Ymperator,  
Malorum clarus patrator,  
Pollicetur pessima,  
Ni quæ dixit Sacramento,  
Tu propales in momento,  
Uxoris peccamina.  
Arcanum custodivisti  
Oh quod lætus subivisti  
Tormentorum genera:  
Aquis tandem suffocatus  
Effectus quod sis beatus  
Prodiderunt sidera.  
Tumulatus nunch quiescis*

su injustificable accion, les contestó: «Puesto que llamáis santo al muerto, no os envidio la gloria que os aguarda; tambien se os llamará santos despues de vuestra muerte;» y dió orden de que les mataran; aunque no se ejecutaron aquellos asesinatos en vista de la agitacion que su noticia motivó en Praga.

La vida de aquel Monarca ofrece, como se ve, algunas páginas altamente reprobables; aunque sus últimos actos fueron dignos de un monarca católico.

Su muerte despejó el campo á la accion de los husitas. La sombra de autoridad que Venceslao conservaba desapareció, y con ello tuvieron suelta brida los sedientes de sangre y de sacrilegios. Pocas semanas despues en una llanura cercana á Praga, conocida por las *Cruces crizki*, campo de las cruces, tuvo lugar la más horrenda profanacion de la comunión eucarística. Tres grandes pipas de vino fueron consagradas—¡oh Dios! ¡cuán triste es consignarlo!—y el pueblo sediento de blasfemia en un momento las vació; y á impulso de la sacrilega embriaguez entraron las turbas en Praga, en cuya ciudad empezó el más reñido combate. El incendio del palacio episcopal, del palacio del senado y de otros magníficos edificios aterrizó á las familias sensatas. «La sangre, dice Æneas Sylvius, corría por las calles, y las plazas se alfombraron de cadáveres.» La victoria fué de los husitas, lo que quiere decir que aquella fué la primera de una larga serie de escenas impías y bárbaras.

Ziska inflamaba el ardor de los suyos con proclamas chispeantes de ira: «Que todo aquel, decía, que sea capaz de empuñar un cuchillo, de arrojar una piedra, de manejar una vara ó un mazo, esté dispuesto á partir. Nuestra consigna es: «Guerra al Antecristo.»

«Maldito sea, exclamaba otro husita, maldito sea el que no lave sus manos en la sangre de los pecadores ó el que no se santifique con la carnicería de los impíos. Los tiempos de la consumacion se acercan; JESUCRISTO vendrá como un ladron á establecer su reino en la tierra. Menester es que los adversarios perezcan bajo las siete plagas del Apocalipsis. Los taboristas son los ángeles enviados por el Señor para aplicar estas plagas...»

El furor de los sectarios crecía á cada hora.

Las llamas revolucionarias tenían ancho espacio para devorar grandezas en un país del cual escribía un testigo ocular que á principio del siglo XV no había nacion en Europa que contara tantas y tan preciosas iglesias, tantos y tan preciosos ornamentos como la Boemia (1). Aquellas magnificencias sirvieron de pábulo al incendio promovido y atizado por los taboristas. Las estatuas de los templos fueron mutiladas, los órganos destruidos, las vestiduras sacerdotales convertidas en vestidos para los soldados ó estandartes de pelea. Los vasos sagrados servían para apagar la sed de oro y plata que devoraba á los que habian izado bandera de moralidad.

Los hombres decididos para su adhesion á la Iglesia eran juguetes de las olas populares, que no se contentaban con engullirse á sus víctimas, sino que se complacían en convertirlas en objetos de irrisión. Jugábase con los tormentos.

Las ciudades de Aust, Rziezam, Pruchatiez, Commotow, Yeraunne, Broda y Jaromir fueron teatro de horrendas profanaciones.

Afirma un historiador protestante que los husitas invadieron, pillaron é incendiaron más

*Et in dies illucescis.  
Preclaris miraculis  
Es certus famus Patronus;  
Nos a malæ famæ pronus  
Defendas periculis.*

(1) Como un dato para apreciar la magnificencia de los templos de la Bohemia, basta recordár lo que Æneas Sylvius dice de uno de los monasterios devastados por los husitas: «Un jardín rodeaba sus muros en los que sobre bellas planchas estaba escrita en letras mayúsculas toda la Escritura santa, desde el Génesis al Apocalipsis. Las letras se engrosaban á proporcion de la altura, de suerte que fácilmente podía leerse todo el texto.» Hablando en general de los monumentos religiosos de aquel país dice el mismo autor: *Nullum Regnum atate nostra in tota Europa tam frequentibus, tam augustis, tam ornamentis Templis dicatum fuisse, quam Bohemicum erecta, longitudine atque amplitudine mirabili, fornicibus tegebantur lapideis: altaria in sublimia posita, auro et argento, quo sanctorum reliquia tegebantur, onusta: Sacerdotum vestes margaritis textæ: ornatus omnes dives: pretiosissima suppellex: fenestræ altæ atque admirabilissimæ, conspicuo vitro, et admirabili opere lucem probabant. Neque hæc tantum in oppidis, atque urbibus, sed in villis quoque admirari licebat.*

de quinientas fundaciones eclesiásticas; que los monjes no salieron mejor librados que los monasterios, sino que se les asesinaba villanamente y se arrojaban sus cadáveres como juguetes á la ebria muchedumbre.

En Nepomuc todos los religiosos de una comunidad servita fueron quemados con el edificio que ocupaban, despues de haber resistido á la intima que los husitas les dirigieron de admitir la comunión bajo las dos especies. Mientras las llamas iban envolviendo el sagrado recinto los invictos mártires cantaron el *Te-Deum*. En Cluny pereció del mismo modo una comunidad de benedictinos, formada por cien religiosos; con ellos fué quemada una biblioteca que era la más rica en manuscritos de la Bohemia. En Gratz se reprodujeron las mismas escenas en un monasterio cisterciense. No sólo los religiosos, sino tambien las religiosas, fueron blanco de los furores de aquellos desapiados fanáticos. En Praga, el convento de religiosas nobles de San Jorge, cuya abadesa era Úrsula, hermana del Burgrave de Wartemberg, fué invadido. No quisieron acceder las vírgenes del Señor en la profanación eucarística, por lo que Úrsula y treinta compañeras fueron expuestas al público, que les colmó de irritantes vituperios é insultos. Casi al mismo tiempo siete religiosas de la penitencia de Santa Magdalena eran degolladas al pié del altar en Brix. Dice una tradición de aquel país que, mientras la ejecución, tembló la tierra y una imagen de la santísima Virgen volvió el rostro, y que el niño JESUS que llevaba en brazos puso el dedo en la boca de su virginal Madre. Aquel hecho lo cantó el poeta Pontánus en estos versos, que no carecen de mérito literario:

*Illi (heretici) ira moti claustrum Vestalibus aptum  
Invadunt; medio templi septem ordine sacrus  
E silvaque domum reduces, quo exagerat ingens  
Ante timor, revocarat amor claustrique bonique.  
Martirii, lectas dextris ad sidera vertas.  
Hen misere mactant partim cervice recisâ,  
Partim transacto tenera in præcordia ferro  
Spumantes halant animas, et labra fatigant  
Ultima surrectis ad sidera vultibus amne  
Sanguinis irriguo: scelere hoc terra ipsa tremiscit:  
Sancta Dei Genitrix, hunc declinantis ad instar  
Ictum, se flectit, leva digitum ingerit ori  
Materno puer ipse sinu gestatus JESUS,  
Ut monumenta docent et testes Numinis aræ.*

Aquella terrible secta se arraigó en Bohemia de manera que pudo resistir á un ejército de ciento cuarenta mil hombres, enviado por el emperador Segismundo. Una segunda expedición fracasó igualmente. A la muerte de Ziska los husitas se sintieron bastante fuertes para invadir la Silesia, la Baviera, el Austria, la Misnia y la Hungría.

Martin V publicó una tercera cruzada contra la Bohemia. Tres numerosos ejércitos cayeron sobre aquel país; pero las fuerzas de la Europa cristiana fueron impotentes contra el núcleo de decididos y organizados sectarios. Cruzados y su jefe el cardenal de Winchester viéronse obligados á rápida fuga.

Tanta victoria acrecentó la audacia de los herejes. Extendieron su poder sobre la Sajonia, que fué casi anonadada; habiendo sucumbido la mayor parte de la nobleza.

Era preciso un nuevo esfuerzo. La dieta de Noremburg, convocada por el papa Martin y el emperador Segismundo, reanimó el decaído valor de la cristiandad. Diputados de la secta asistieron á aquel congreso para tratar como de potencia á potencia con el pontificado y con el imperio. Las conferencias no dieron resultado alguno en orden á la pacificación por convenio.

Una nueva cruzada se predicó. Habíase convencido la Europa de que la cuestion de Bohemia entrañaba la revolucion general, y de ahí que se reconociera la necesidad de hacer un heroico esfuerzo. Los cruzados se organizaban, y los husitas juzgaron oportuno el momento de prepararse para rechazar el inminente ataque. Hasta entónces el husismo habia estado en guerra consigo mismo. Los taboristas, que eran los más apasionados, discordaban de los orebitas, ó sectarios de aquella seccion que vimos su santuario principal en el monte por ellos llamado Oreb. Estos eran ménos bárbaros que aquéllos. Ademas existían los *calixtinos*, agrupacion moderada que casi profesaba en su integridad la católica fe; consistiendo su divergencia con la Iglesia en que reclamaban la comunión del cáliz. Las tres ramas disputaban y combatían entre sí. Pero ante la perspectiva de la nueva invasion católica uniéronse comprendiendo que sólo por la union se harían irresistibles.

Miéntras la cruzada se organizaba Martin V murió, bajando al sepulcro con la auréola de un pontificado feliz y gloriosísimo, aunque trabajoso. Eugenio IV empuñó las sagradas llaves, y al inaugurar su gobierno manifestóse dispuesto á proseguir la línea de conducta de su antecesor en orden á la Bohemia.

El cardenal encargado de conducir el ejército y de desenvolver la política de la cristiandad expidió un manifiesto en que decía: «Como los enemigos de la paz, que sólo desean sembrar yerbas inútiles, procurarán persuadiros que nuestras tropas cristianas entran en vuestro reino para trastornarlo por su base por medio de asesinatos é incendios, debo corregir esta equivocada idea asegurándoos que, si entro en Bohemia al frente de un ejército cristiano, no es sino con el fin de apaciguar las controversias, reconciliaros mutuamente, restablecer la pureza de la fe y el culto divino violado, para establecer el orden y restituir á Dios la gloria de que se le priva por los desórdenes actuales...»

Los bohemios contestaron enérgicamente que no transigirían sino sobre la base de cuatro puntos cardinales, es á saber: 1.º que la sagrada Eucaristía debe administrarse al pueblo en ambas especies; 2.º que la palabra de Dios debe predicarse libremente segun la verdad; 3.º que es un deber castigar los pecados públicamente cometidos á pretexto de religion, y 4.º que era preciso quitar el gobierno del Estado de manos de los sacerdotes.

Despues de varias contestaciones infructuosas para la concordia pusiéronse en movimiento los cruzados, bajo el superior mando del cardenal Juliano. Ochenta mil eran, segun unos, y segun otros llegaban á ciento treinta mil los invasores de la Bohemia. Pero á la importancia del número no correspondía el nervio de la disciplina. Aquel ejército no era más que una nube de soldados, nube que se disipó y deshizo al soplar la primera brisa de los husitas. Al llegar los imperialistas al *bosque negro*, que circunda una parte de Bohemia, se detuvieron como contenidos por un terror misterioso; el pánico fué su invencible ligadura. Un simple movimiento de los sectarios determinó la dispersion universal.

El Cardenal intentó rehacer sus desbandadas legiones pronunciando una proclama, modelo de energía. «¿Qué es lo que estoy viendo? exclamó. ¿Como se explica esta desbandada de una muchedumbre de valientes? ¿Qué clase de guerra es la que hemos emprendido? ¿Pensáis que se trata de intereses temporales? No. Considerad que se trata de la santa Religion, del honor de Nuestro Señor JESUCRISTO y de su santa Madre, de la salvacion y de la dicha eterna de cada uno de vosotros. ¿Qué dirían vuestros antepasados, aquellos bravos alemanes, si presenciaran como sus nietos huyen y se dispersan ante un solo enemigo y aún sin haberlo visto? ¿A qué ha venido á parar aquella constancia alemana, tan loada por los historiadores? ¡Oh vergüenza, oh infamia la más lamentable que concebirse pueda! ¡Preferible fuera haber muerto mil veces antes que huir de un enemigo ausente, y aún antes de verlo! Pero, ¿adónde queréis ir? Huis de la Bohemia; mas la Bohemia nos perseguirá y nos exterminará en nuestra retirada. Y entónces ¿Qué váis á hacer? ¿Dónde encontraréis murallas que os protejan? No, no son las murallas, sino las armas las que protegen á los valientes, y si no os defendéis como bravos, no podéis esperar sino la muerte, ó un cautiverio más duro que la muerte.

«¡Alemania, Alemania! ¿Es posible seas de tal modo oprimida? ¿Ya no engendrarás intrépidos ánimos? Se han visto paganos decididos combatir mejor por sus ídolos mudos, de lo que vosotros combatís por la gloria de Nuestro Señor JESUCRISTO, el Hijo de Dios todopoderoso que es vuestro hermano. Reflexionad...»

Estas frases reanimaron un momento á los restos del ejército; no obstante, al aparecer la vanguardia de Bohemia la desercion fué espantosa. En aquella infeliz jornada perdieron los católicos once mil combatientes que murieron, mil prisioneros, todas las municiones de boca y guerra, doscientos cuarenta carros, ciento cincuenta piezas de artillería de grueso calibre; el Cardenal dejó sobre el campo su equipaje y con él la bula del Papa, su capelo y su cruz.

Las causas de la inesperada y vergonzosa derrota se discutieron con calor en el seno de la cristiandad.

Al mismo tiempo que Eugenio IV sentía amargarse por parte de Bohemia los primeros días de su pontificado, otros hechos desagradables aumentaban en él la tortura de la tiara.

## XCVI.

Conflictos de Eugenio IV con los Colonna.—Concilio de Basilea.—Discordia de éste con Eugenio IV.—Insurrecciones italianas.—Invasión de los Estados de la Iglesia.—Huída del Papa.

Eugenio IV hubo de sufrir la animadversión de los Colonna, que no sólo se negaron á restituir á la Iglesia los bienes que retenían á ella pertenecientes, sino que tramaron una formidable conjuración para ampararse de la capital. La fidelidad de los romanos y la vigilancia de las autoridades evitó las graves complicaciones que del triunfo de los Colonna hubieran surgido.

Al mismo tiempo presentóse otra tempestad amenazadora. Conforme lo acordado por el Concilio de Constanza, reunióse en Sena otro Concilio con objeto de terminar las cuestiones doctrinales pendientes. A causa de la efervescencia política á la sazón creciente, el Concilio de Sena se disolvió, aplazando la terminación de su tarea para siete años después en otro Concilio que debía reunirse en Basilea. El principal objetivo era la reforma de la Iglesia, es decir, de las costumbres de la cristiandad.

A causa de no haber comparecido en Basilea sino un número exiguo de obispos, el cardenal Juliano, presidente del Concilio, envió una diputación á Eugenio IV exponiéndole la necesidad de reanimar el espíritu del episcopado, para que, acudiendo á Basilea un buen número de obispos, tuviesen el debido peso sus decisiones. El Papa contestó que, puesto que eran tan pocos los prelados reunidos en aquella ciudad, y habiendo llegado á Roma un embajador griego para tratar de la unión de la Iglesia griega con la latina, disolviera su Concilio, y que en cambio convocaría otro en Bolonia para reunirse en el plazo de diez y ocho meses. No tardó Eugenio IV en confirmar esta su voluntad con una bula en que declaraba cerrado el Concilio.

Los padres reunidos en Basilea manifestáronse descontentos, y elevaron al Papa una exposición en la que extendían las consideraciones que según su criterio desaconsejaban la disolución de aquella asamblea. El cardenal Juliano se retiró de la presidencia; pero sus partidarios no quisieron atemperarse á la voluntad pontificia, y siguieron reunidos. Una circular á los fieles les advirtió que los padres continuarían discutiendo los temas que se había propuesto se resolvieran por el Concilio de Constanza.

Y bajo esta impresión tuvieron los padres la segunda sesión, que declaró que el Concilio general legítimamente convocado, teniendo el poder inmediatamente de JESUCRISTO, era por lo mismo superior al Papa. Deducían de ahí los padres de Basilea que el Papa no podía disolver aquella asamblea sin consentimiento de la misma.

Para cúmulo de contrariedades, desde que se supo la oposicion del Papa al Concilio empezó la gran concurrencia de obispos en él. Las universidades y las cancellerías se agitaban, aquéllas doctrinalmente y diplomáticamente éstas, resolviendo las autoridades científicas y gubernamentales apoyar la resistencia de los padres á la disolucion. Los duques de Milan, de Saboya, de Bourgogne, de Sajonia, y el de Bedfort, enviaron al Concilio simpáticos mensajeros. Contaba ademas el Concilio con la proteccion decidida de Segismundo. El Emperador elevó al Papa una carta ó memoria expositiva de las razones que militaban para llevar adelante la obra de Basilea, siendo la principal el éxito que esperaba conseguir en Basilea sobre los husitas. Creía el Emperador que el aplazamiento de los trabajos empezados encorazonaría á los herejes, y que la pujanza de la herejía sería una dificultad con la que no se contaba para la union sincera de las dos iglesias. Una embajada imperial pasó á Roma para apoyar la carta *memorandum* de Segismundo. Mucho tiempo hubieron de esperar la respuesta los embajadores, porque Eugenio IV, usando de aquella prudencia que caracteriza al pontificado, no quiso precipitar el juicio. Al fin hubo de decirles el Papa: «Advertid al Emperador, vuestro señor y mi hijo, que no se entrometa en cuestiones de índole exclusivamente religiosa; que respete en esto al Pontífice que se sienta en la cátedra de San Pedro; porque si aconteciera que quisiese echar mano sobre las cosas eclesiásticas, experimentaríá que, superior á los reyes, está Dios, para defender á la Iglesia y al Vicario que la representa.»

El cardenal Juliano, si bien no presidía el Concilio, lo defendía con todas sus fuerzas. Escribió al Papa una carta en la que le exponía los peligros que vinculaba la persistencia en la clausura; peligros entre los que indicaba un cisma próximo.

Cuando empezaba á vacilar el ánimo de los de Basilea llegó á aquella ciudad Domingo Capránica, personaje que gozaba universal renombre por su talento é influencia. Diestro en los negocios diplomáticos, era lo que hoy se llama todo un estadista. Su mérito estaba realzado por una integridad de costumbres á toda prueba. Los padres recibieron á Capránica como un auxilio poderoso y eficaz. Algunos cardenales vinieron también á Basilea en aquellas circunstancias.

La atmósfera del Concilio fué luego completamente antipontificia. Eugenio IV era calumniado descaradamente, y la tercera sesion declaró la nulidad del decreto de clausura y citó al Papa á comparecer por sí ó por representacion dentro el período de tres meses.

En la cuarta sesion, el Concilio ó conciliábulo decretó que el Papa no podía nombrar nuevos cardenales mientras estuviese congregada la asamblea, y entrando en el ejercicio de la nueva soberanía, nombró al cardenal Carillo gobernador del Aviñonado.

El Papa se resolvió á enviar una embajada á Basilea, pero al llegar los embajadores á Constanza supieron que Juan Prato, camarero pontificio que les había precedido, acababa de ser reducido á prision. Detuviéronse para protestar contra la detencion de su colega y á esperar salvo-conductos en regla, que les fueron concedidos. Se les recibió en sesion general, y en ella los arzobispos de Tarento y de Colosso expusieron la necesidad de la union y de la caridad; dijeron que los husitas y los griegos se retraerían de unirse á la Silla romana ante el espectáculo de aquellas divisiones; que éstas no aprovecharían sino al error; que Eugenio IV, pontífice sincero y virtuoso, no pretendía destruir el Concilio, sino trasladarlo á lugar más oportuno para poder presidirlo personalmente, y que ademas los padres de Basilea exco-gieran para la reunion la ciudad que más les gustara entre las sometidas á la soberanía de la Santa Silla.

Este lenguaje calmoso y cordial no impresionó al Concilio, sólo preocupado por la idea de salvar su supremacia sobre el pontificado.

De ahí que, dando por no oídos á los legados, pidieron los de Basilea que se declarara la contumacia de Eugenio.

Mientras se esperaba el desenlace de la cuestion personal, el Concilio, prescindiendo por

completo de los decretos pontificios que le anulaban, recibió una comision numerosa de husitas. Vinieron aquellos bohemios escoltados por un pequeño ejército. Su llegada produjo fuerte emocion en Basilea. Sobre todo, quien atraía las curiosas miradas del pueblo era Procopio Rasa, el sucesor de Ziska, que había deshecho con su valor y táctica dos grandes cruzadas. Al lado de Rasa, el guerrero de la Bohemia, vino el arzobispo de Praga, Juan Rockizane, el teólogo de los husitas. Éste y tres colegas sostuvieron las cuatro proposiciones ántes consignadas.

Las discusiones públicas apasionaban los ánimos ahondando la division; por lo que resolvióse en Basilea que el litigio se prosiguiese en conferencias privadas. Éstas tuvieron lugar en Bohemia, y despues de tempestuosas vicisitudes, vino á un acuerdo. Las cuatro proposiciones fueron condicionalmente aceptadas por los representantes del Concilio; permitiósse á los bohemios la comunión bajo las dos especies, á condicion de que el sacerdote advirtiera á los comulgantes que el Hijo de Dios estaba igualmente en cada una de ellas. Declaróse que los pecados mortales, sobre todo los públicos, debían ser castigados y corregidos segun la ley de Dios y las reglas de los santos Padres, pero *sólo por los que tuvieran autoridad en la Iglesia*. Permittióse la libre predicacion del Evangelio *con tal que fuera ejercida por sacerdotes aprobados*. En cuanto al dominio temporal del clero, los bohemios reconocieron que la Iglesia puede lícitamente poseer bienes muebles é inmuebles, y que no es lícito quitárselos sin herir la justicia.

Estos cuatro artículos expresados en forma de concordato se llamaron *compactata*. Con la sancion del Concilio fueron publicados en Bohemia el día 2 de enero de 1434. Todos los órdenes del Estado fueron reconciliados con la Iglesia.

Los taboristas quisieron protestar con las armas; pero sufrieron derrota definitiva en los campos de Kaurzin y Broda, en una accion en que sucumbió el temible caudillo Procopio Rasa.

Así terminó la serie de violencias promovidas por los husitas de Bohemia.

Por desgracia las cuestiones del Concilio con el pontificado no tenían tan venturoso éxito.

Hubo un acuerdo entre el Papa y el Emperador, y sin duda por consejo de éste Su Santidad consintió en permitir que el Concilio continuara en Basilea, para la extirpacion de la herejía y pacificacion de los príncipes cristianos. Una carta pontificia lo consignaba así. Era de creer que el Concilio olvidara las disensiones anteriores y celebrara la benignidad de Eugenio. Se lo prometía así el Emperador. Mas aconteció todo lo contrario. La carta pontificia fué mal recibida. La autorizacion del Papa se consideró como una pretension injustificada. Autorizaba el Papa, segun los de Basilea, lo que no era de su incumbencia autorizar, dada la superioridad del Concilio sobre el papado que allí se defendía.

El Papa, tranquilo en su conciencia, despues de haber dado aquel paso, á todas luces conciliador, desplegó su autoridad con energía. Una bula emanada del Vaticano declaraba que el Concilio no quería ni la reforma, ni la union, ni la paz de la Iglesia, ántes bien, procuraba sembrar la discordia y el escándalo; en vista de lo que casaba todos los actos, decretos, declaraciones y procedimientos hechos ó que hiciere, salvos aquellos que la Santa Silla había autorizado.

El Concilio contestó á aquel acto de firmeza estableciendo una cancillería sinodal, como si la Santa Silla estuviera vacante ó como si la autoridad apostólica hubiera pasado á sus manos. El cardenal de Rochetaillé aceptó el cargo de vicecanciller.

Tanta audacia alarmó á los soberanos. Los reyes de Portugal é Inglaterra protestaron con moderacion; cinco electores de Alemania reclamaron contra una actitud que *semejaba perplejidades en las conciencias*; Carlos VII de Francia escribía al Concilio: «Al enterarnos de vuestro decreto, amadísimos padres, contra el venerable y soberano Pontífice universal, nos hemos sentido tristemente impresionado. Tememos, con justo motivo, que van á surgir escándalos, á perturbarse las conciencias y á dividirse los Estados. La actitud de Basilea era

unánimemente reprobada. El emperador Segismundo puso el sello á aquel concierto de protestas. El mismo Emperador se dirigió á Basilea con ánimo decidido de obtener la regularización de los procedimientos conciliares. Fué portador de una bula de Su Santidad en la que, haciendo un esfuerzo supremo para obtener la paz, abolía todos los decretos de traslación, revocación y restricción, declarando quería y se contentaba—*volumus et contentamus*—con que el Concilio continuase sus sesiones en Basilea sobre las materias por las que anteriormente había sido convocado.» Segismundo declaró que el Papa había hecho más de lo que debía, y que el que no lo reconociera así sentiría el peso de su imperial indignación.

Los Padres de Basilea recibieron con desconfianza la explícita bula. Parecíales que las palabras *queremos* y *nos contentamos* eran humillantes para el Concilio, que pretendió se sustituyeran por estas otras: *discernimos* y *declaramos*.

El Papa contestó á esta pretensión con dos elocuentísimas bulas, cuyo lenguaje es el de la dignidad ofendida. No obstante, Segismundo continuó su oficio de mediador. Alcanzó que el Concilio anulase los procedimientos incoados contra el Pontífice y que sus legados obtuvieran la presidencia; en cambio Eugenio aceptó la sustitución del *volumus et contentamus*; anuló la sentencia pronunciada contra determinados miembros y retiró las restricciones impuestas. El Concilio, en su décimasexta sesión, declaró que, habiendo el papa Eugenio atendido las moniciones, citaciones y requisitorias de la asamblea, aceptaba ésta sus bulas y proclamaba la paz.

No fueron pocos los sacrificios con que el pontificado pudo alcanzarla. Pero las circunstancias políticas por que atravesaba el poder temporal de la Iglesia no permitían al Papa persistir en la reclamación de todos sus derechos.

Casualmente en aquellos días estallaron terribles rivalidades entre los diversos soberanos de Italia.

Felipe María, duque de Milan, pretendía la protección de la Santa Silla contra otros señores italianos. Eugenio, sintiéndose padre de todos, proclamó su neutralidad. El duque de Milan juró vengarse del Papa. Para ello se declaró defensor entusiasta del Concilio. «Para mantenerlo, escribía á los Padres, estoy dispuesto á sacrificar mis tesoros, mis Estados y mi vida.» Las repúblicas de Venecia y de Florencia, enemigas del ducado de Milan, declararon á éste la guerra, que fué poco duradera en atención á la paz que Segismundo y Eugenio hicieron firmar en Ferrara. No obstante, el duque de Milan buscaba una ocasión para poseionarse de los Estados de la Iglesia, gracias al ejército que tenía reunido para combatir las dos repúblicas. Francisco Sforza, caudillo adicto al duque de Milan, impetró del papa Eugenio el paso de sus tropas por la Rumanía y las Marcas, con el pretexto de acudir al socorro de Nápoles, atacado por Caldora. El Papa accedió. Mas apenas estuvo en Ancona, Sforza quitóse la máscara y se declaró vicario del Concilio de Basilea. Ocupó Jesi, Fermo, Recanati, Ascoli, Ancona, y posesionóse á la fuerza de Montedelmo. Y luego, pasando á Umbría, sometió rápidamente á Todi, Amelia, Toscanella, Otricoli, Magliano, Soriano.

Alentados por aquella audacia afortunada, algunos aventureros se levantaron en el ducado de Espoleto titulándose vicarios del Concilio. En el patrimonio Fortebraccio se amparó de Vetralla y Castelnuovo, se enseñoreó de Tívoli y Monteredondo, y apareció á la vista de Roma. El gobierno temporal se vió en aquella ocasión casi anonadado por las armas de los aventureros, y el gobierno espiritual humillado por las pretensiones de los conciliares.

La política de Eugenio supo transformar á Sforza de adversario en aliado. No obstante, los enemigos eran astutos, numerosos y pérfidos. Fortebraccio llegó á las puertas de Roma, mientras los Colonna agitaban la población, y pretextando cualquier cosa, suscitaron á Poncelletto di Pietro que, al frente de una horda de perdidos, invadiera el Capitolio y proclamara la libertad del pueblo. Aquel grito fué secundado por todo el partido gibelino. Los magistrados pontificios fueron destituidos y erigidos en su lugar siete representantes del pueblo con el título de *conservadores*, á los que se concedió poder sobre la vida de los ciudadanos.

Á la mañana siguiente una comision de magistrados pasó á exponer á Eugenio los perjuicios que causaba la guerra, la honda miseria que el pueblo sufría, y otras quejas, que era del todo ajeno al pontificado remediarlas y atenderlas, concluyendo con pedir la entrega del castillo del Santo Angel, de la ciudad de Ostia, y el cambio del gobernador de Roma, exigiendo por rehen al cardenal Gondelmero.

Eugenio aparentó ceder, aunque se resistió á entregar al Cardenal. Pero los rebeldes se arrojaron sobre el Príncipe de la Iglesia y lo custodiaron cuidadosamente. Había una conjuracion contra la libertad de Eugenio IV, á quien se proponían encerrar en la iglesia de los Apóstoles, hasta que el Duque dispusiera de su vida ó el Concilio de su pontificado. Eugenio se escapó disfrazado de monje y llegó á Florencia, donde fué recibido con entusiasmo. Roma sintió pronto la ausencia del Papa.

Los soldados de Florencia y Venecia libraron batalla contra las huestes del duque de Milan, quien obtuvo fácil victoria; cuyo hecho el Duque se atrevió á notificar al Concilio en estos términos: «Reverendísimos Padres: como mi prosperidad es la vuestra, así como la de la santa Iglesia de Dios, debo participaros todo cuanto de próspero me acontezca,» y continuaba detallándoles su triunfo sobre los defensores del pontificado.

El Concilio dejó explotar el sentimiento de su indignacion—lo consignamos en su honor.— Las persecuciones de que era blanco Eugenio merecieron universal reprobacion. Desde el fondo del Asia Menor, el príncipe griego de Trebizonda hizo oír cordial protesta; el rey Alfonso ofreció al Papa su proteccion y un asilo decoroso en sus Estados.

En el entretanto Roma era teatro de la más repugnante discordia. La opinion pública era contraria al gobierno inspirado por el milanés duque Visconti. Un movimiento espontáneo facilitó al partido pontificio la restauracion de su poder. El Papa regresó recibiendo testimonios inequívocos del filial afecto que le profesaban los romanos.

El duque de Milan, derrotado y vencido, no habiendo podido ampararse de la persona del Pontífice, que era su ideal, concibió el vil proyecto de sorprenderle en uno de sus paseos periódicos; á cuyo fin convínose con el obispo de Novara, su pariente, que se hallaba en la corte pontificia con el pretexto de negociar la paz, para que, auxiliado de su secretario Piccinino, realizasen el plan. La Providencia hizo descubrir el complot. Piccinino, encarcelado, no pudo negar ser obra de sus manos las cartas sorprendidas, y el mismo Obispo vióse en el caso de implorar la clemencia del Papa, su víctima designada. El Papa tuvo la gloria de perdonarle su infame traicion.

Desacreditado el Duque, trató de reconciliarse con el Papa, quien por este medio recobró la Rumanía, Imola y Bolonia; miéntras el patriarca Vitelleschi reconquistaba Imteramna, Amelia y otras plazas, rechazaba Antonio de Sierra de la campiña romana y quitaba á los Colonna y Savelli las ciudades y fuertes de Castel-Gandolfo, Stasano, Roccapriore y otras. Fortebraccio fué el último de los enemigos que hubo de combatir, y que murió en una batalla.

Libertado de los enemigos materiales, el Papa se encontró otra vez en lucha con el Concilio. Dominado éste por su habitual espíritu de supremacía, no se ocupaba sino de estudiar la manera cómo mejor pudiera ajar ó denigrar al pontificado. En una de sus sesiones, el Concilio absolvió á los causantes de las amarguras de Eugenio, y los rehabilitó á la faz de la Iglesia. La sesion décimooctava consintió en una amenaza al Pontífice, á quien en varios tonos se declaró como súbdito de la asamblea.

Los derechos y privilegios de la Santa Silla eran todos apasionadamente discutidos. Toda medida encaminada á eclipsar algo de su gloria ó amenguar algo de su majestad se recibía con aplauso. Asemajábase el Concilio á una cruzada contra el pontificado. El obispo de Tours se atrevió á decir: «Esta vez es preciso que consigamos, ó quitar á los italianos la Santa Silla, ó dejarla de tal manera despellejada, que á todos sea indiferente el lugar de su residencia.»

La sesion vigésimaprimera suprimió el derecho de *anatas* y muchos otros derechos, y adoptó otras medidas restrictivas de la autoridad pontificia. El tono que se usó en las rela-

ciones de Basilea con Roma fué de recriminacion y de profunda desconfianza. Un cardenal, entre todos, se distinguió por su actitud contraria al pontificado. Luis Aleman, cardenal de Arles, se constituyó el inspirador de las más violentas medidas y de los más apasionados decretos. Desde su juventud había profesado Aleman ideas extremadas sobre la omnipotente autoridad del Concilio general. Juzgando que la centralizacion del poder en el pontificado era causa de languidez de la vida y de la corrupcion de los miembros del cuerpo católico, abrigaba el bello ideal de un Concilio en que, obispos y clérigos, en una misma asamblea, tratasen sin traba ni velo las graves cuestiones de la cristiandad. Animado por estas ideas, en él encarnadas, revestido con la autoridad de cardenal, rodeado de la auréola resultante de su talento, el cardenal de Arles fué pronto el alma de Basilea. Consideraba al pontífice Eugenio como el obstáculo más insuperable al bien católico; y no era que resentimientos personales le impulsaran en el sendero de la oposicion. Para él era indiferente que el Papa se llamara Eugenio ó cualquier otro nombre. La multitud de clérigos que concurrían al Concilio tomó al Cardenal por su egida, y aún por su ídolo. «Cuando los miembros inferiores de la jerarquía veían aquel hombre tan eminente por su dignidad, tratarles familiarmente; cuando le escuchaban con nueva erudicion y tribunicia elocuencia hablarles de su importancia y considerarlos al nivel de los prelados, que ántes miraban á tanta altura sobre ellos colocados, fácilmente le reconocían por su maestro. Su pensamiento fué el pensamiento de ellos, sus pasiones fueron las pasiones de la muchedumbre. Exaltaba y calmaba á su arbitrio la masa plebeya, que venía á ser como el mar, cuyas olas subian y bajaban á un destello de su mirada ó á un simple movimiento de su dedo. Sin duda Luis Aleman no se hacía ilusiones sobre el valor de la masa que le seguía á ciegas, innoble agregado de individuos sin títulos, sin talento, hasta sin moralidad; pero, hábil conductor, comprendía que en las grandes asambleas, fuertemente dominadas por nuevas ideas, el poder pertenece al que acierta á ampararse de la multitud, aún la más vil; y así no desdeñó valerse de tan despreciable instrumento, creyendo hacerle servir en provecho de la Iglesia y pensando excusar la indignidad del medio con la santidad del fin (1).»

Aquel espectáculo hacía exclamar á Ambrosio Traversari: «Esta asamblea es un sínodo fúnebre: *Synodum feralem*. Y Æneas Sylvius, que despues fué papa, se atrevía á decir: «La sinagoga de Satan, y no la Iglesia de Dios, estaba en Basilea: *Basileæ non Ecclesiam Dei, sed synagogam esse sathanæ*.»

La escision entre el Concilio y el Papa fué mucho más grave, y podía ser mucho más perniciosa, que el cisma felizmente terminado. La cuestion era en el fondo doctrinal. Cuestionábase en Basilea nada ménos que quién gozaba de la plenitud de su autoridad en la Iglesia.

Afortunadamente los excesos de los congregados mermaban cada día su prestigio, que perdieron por completo el día en que, con su actitud alborotada, casi llegaron á impedir el ensayo que iba á hacerse de la reunion de las Iglesias griega y latina. Todo lo sacrificaban los basileanos al orgullo de decirse y aparecer soberanos de las conciencias.

El emperador Segismundo, á pesar de sus simpatías para con los de Basilea, desesperanzado de obtener del Concilio ningun resultado favorable para la Iglesia, dirigió á los Padres estas frases memorables: «Habéis encontrado la Iglesia en paz, cuidad que no introduzcáis en ella la turbacion. Andad prevenidos, no sea que, proyectando reunir las Iglesias latina y griega, introduzcáis la division entre los latinos.»

Los escándalos de Basilea hicieron vacilar á los griegos; ¿á qué, decían, unirnos á una Iglesia desconcertada? Felizmente los consejeros del emperador griego le persuadieron de que las divisiones de Basilea eran transitorias, y que el espíritu de union reinaba en la cristiandad occidental.

Prescindiendo, pues, de Basilea, Juan Paleólogo, emperador de Constantinopla, acompañado de un cortejo numeroso de arzobispos y obispos, aportaba en Venecia y se dirigía á Fer-

(1) *L'Abbé Christophe*.

rara, donde estaba congregado ya el Concilio. Mientras el sucesor de Constantino iba á rendir homenaje respetuoso al sucesor de San Pedro, los rebeldes de Basilea, no deteniéndose ante la consideracion del escándalo que estaban dando al mundo, negaba su obediencia al Papa, y llevaba su locura hasta declararlo depuesto de su dignidad suprema. Luégo, como á consecuencia de aquel disparatado hecho, los de Basilea se propusieron nombrar un papa segun su corazon. El duque de Saboya, retirado del gobierno de sus Estados á causa de su fingido amor á la soledad, fué elegido Papa, queriendo llamarse Félix V.

Así el Concilio tuvo la triste gloria de resucitar el cisma.

Por fortuna el conciliábulo estaba completamente desprestigiado y la parodia de aquella eleccion papal puso el sello á su descrédito. Inglaterra, España, Portugal, Italia rechazaron con energía el reconocimiento de Félix. Carlos VII de Francia declaró que no quería separarse de la obediencia de Eugenio IV. De todos modos la existencia de un antipapa sostuvo la alarma en las conciencias; y amargó el placer que la cristiandad sentía por el progreso de la obra de reunion de los latinos y griegos. No pudo Eugenio IV ver terminada la fastidiosa cuestion de Basilea y de su criatura el antipapa Félix. Murió el combatido Pontífice en visperas de empezarse para la Iglesia una época más pacífica y próspera.

A Nicolas V estaba reservado cosechar los frutos de los sudores y de la política prudente y circunspecta de Eugenio IV. El conciliábulo de Basilea, que diez y ocho años hacía era causa de incalificables amarguras del pontificado y de la Iglesia, desaparecía al peso del anatemata de la Iglesia y de la reprobacion de los soberanos. Félix, cuyo pontificado era cada día más ridículo, abdicaba espontáneamente. Al mismo tiempo despejábese el horizonte político de Italia. La Iglesia entró en un período de bonanza relativa.

## XCVII.

Oposicion de los griegos á la union.—Caída de Constantinopla.—Desgracias de la cristiandad.  
Las Cruzadas.

El Concilio de Florencia realizó un hecho esperado por los siglos: tal fué la deseada reunion de las Iglesias latina y griega. No recorreremos los detalles de las arduas negociaciones al efecto entabladas y seguidas, como quiera que, no persecucion sino triunfo, y espléndido triunfo fué aquel brillante resultado. Todas las antiguas pretensiones doctrinales de los romanos quedaron plenamente justificadas por el reconocimiento explícito de los dogmas debatidos por la Iglesia griega.

La trascendental cuestion de la frase *filioque*, fórmula que sentaba la fe de la Iglesia en la procedencia del Espíritu Santo, y que era de temer fuese el escollo invencible para la idea de la reunion, quedó gloriosamente zanjada.

Allanadas las grandes y las pequeñas dificultades y sometidos los griegos á la fe de los latinos, vióse un espectáculo digno de los cielos. Los padres de una y otra Iglesia abrazáronse estrechamente, mientras un nutrido coro cantaba en accion de gracias *Lætentur cæli et exullet terra*; palabras que son las primeras de la bula de union.

Y para colmo de consuelo llegaron á Florencia en aquellos días algunos representantes del patriarca de los armenios, solicitando la union con el pontificado, del que estaban separados desde Focio. Y tambien del Egipto, de la Lybia, Cyrenaica y Etiopía llegaba una embajada llevando la sumision de los Manophisitas, herejes que solo admitían una naturaleza en CRISTO y que campeaban en aquellas regiones desde Eutiques.

Por desgracia el clero griego no quiso aceptar la reunion celebrada en Florencia; el imperio no se atrevió á promulgar el decreto de reunion, el *henoticon*, que selló la paz. Los cismáticos declararon que preferían unirse con los turcos, á fundirse con los romanos; y hasta

celebraron en Santa Sofía un conciliábulo en el que se anatematizó y condenó al Concilio de Florencia. El Papa envió á Constantinopla, como legado para practicar la union, al cardenal Isidoro, griego de origen y unionista ferviente.

Los dignatarios de la Iglesia griega se declararon contrarios al proyecto, pues reconocían que con su conciliacion renunciaban para siempre á la arbitrariedad que caracterizaba el ejercicio de su ministerio. El mismo Emperador vacilaba, no sintiéndose animoso para desatender el espíritu dominante en sus súbditos.

Despues de repetidas conferencias con el senado, acordóse operar una union voluntaria. Una grande asamblea se reunió en Santa Sofia, á la que asistió el Emperador con el senado y los legados pontificios. El legado predicó la paz; y los convocados se sometieron á las decisiones de los de Florencia.

Empero, miéntras se realizaba la reunion en aquella asamblea oficial, acontecian en las afueras escenas desconsoladoras. Las turbas, aconsejadas por Scholarius y acaudilladas por eclesiásticos enérgicos, se amotinaban al grito de «Anatema al *henoticon*.» Mujeres ebrias de vino repetían la exclamacion, vomitando imprecaciones soeces contra los romanos. «Nada queremos de los Azimitas,» clamaban; «¿qué necesidad tenemos de los latinos?»

El púlpito y el confesonario se convirtieron en focos de propaganda cismática. Era considerado como crimen abominable recibir la comunión de manos de un sacerdote unido, y hasta el asistir á la celebracion de los divinos misterios.

La atmósfera que en Constantinopla se respiraba era de odio contra todos cuantos se interesaban por la union.

La situacion triste del imperio griego en aquellos días se hallaba agravada por los peligros cada día más iuminentes que atravesaba su integridad y su existencia misma, á causa de los progresos y conquistas de los turcos, que tenían jurado posesionarse de Constantinopla para poder realizar el antiguo sueño de ofrecer al Profeta cautiva la reina del Bósforo.

Los osmanlis adelantaban fieros, no habiendo poder bastante organizado para detener el torrente de sus indomables huestes. Así lo comprendían los griegos, que se entretenían en discutir pequeñas cuestiones, y entregarse en pueriles planes, cuando ya se cernía sobre ellos la nube preñada de cautiverio, de destruccion y de muerte. Eugenio IV había pintado, á grandes, pero exactísimos rasgos, los funestos resultados de las conquistas turcas. «Ellos, decía, han reducido doscientos mil cristianos á cautiverio y á servidumbre. No es raro presenciar como las huestes musulmanas, al regreso de sus expediciones, arrastran largas hileras de hombres y mujeres mezclados, confundidos y atados con las bestias de carga. Asesinan á los ancianos imposibilitados de seguir sus precipitadas marchas, abandonando sus cadáveres sobre los caminos. Ninguna consideracion tienen á la dignidad de las personas ni á la majestad del carácter religioso; ni siquiera han piedad alguna de la infancia.»

Los horrores de este cuadro venían acrecentándose por las ventajas materiales que cada día conseguían los turcos, sobre todo en Oriente.

Mahometo II juró entrar en Constantinopla, para imponer desde allí á las naciones el derrotero que se proponía siguiese el género humano. Regía el imperio Constantino Paleólogo Dracosez, del cual se ha dicho con justicia, que poseía un corazón imperturbable y una sangre heroica. Si el heroismo y el valor de un hombre hubiese sido capaz de salvar el imperio, Paleólogo lo hubiera salvado. Pero la Providencia tenía decretada la expiacion ejemplar de un poder que no había sido fiel á la gracia extraordinaria que recibiera, y que, lejos de emplear sus elementos en apoyo de la Iglesia, fué su más formidable obstáculo é implacable oposicion.

Un ejército de doscientos sesenta mil combatientes se presentó á vista de los muros de Constantinopla el día 6 de abril de 1453, apoyado por una escuadra de trescientas naves. Los griegos sólo contaban con cuatro mil novecientos setenta soldados y dos mil auxiliares.

El Emperador, no obstante la enorme desproporcion de sus fuerzas con las de los sitiado-

res, resolvió la resistencia; resistencia desesperada, porque los griegos carecían de la virilidad y de las virtudes militares. En aquellas jornadas, célebres en los anales de las luchas humanas, Paleólogo y Justiniano, caudillo de la defensa, fueron dos figuras que atrajeron la admiración del mundo entero.

Cuarenta días se halló detenido el torrente de mahometanos ante aquellos muros, desde los que la muerte se despeñaba de continuo, abriendo enormes brechas en los baluartes formados por los pechos de los asaltantes. Diez mil hombres llevaba perdidos el contingente de Mahometo, y todavía los griegos no habían perdido ni un solo reducto. La noticia de la aproximación de los auxilios de Europa y la inutilidad de los esfuerzos hasta entonces practicados, hizo cundir la incertidumbre y la vacilación en los consejeros de Mahometo, muchos de los cuales estaban por el levantamiento del sitio, dado que, como decían, el honor y la gloria militares estaban perfectamente salvados.

Pero no era Mahometo hombre capaz de retroceder ante dificultades. En la hora más crítica para el éxito de su empresa, concibió el proyecto gigantesco de transportar por tierra una parte de sus naves al interior del puerto de Constantinopla. Esta idea, que llamaremos colosal, la realizaron sus soldados en una sola noche. Al despertar los constantinopolitanos encontráronse oprimidos por ochenta naves que ostentaban orgullosas, en el *cuerno de oro*, el estandarte del Profeta. Aquel arranque, digno de un verdadero genio, decidió de la suerte de la gran capital. En la mañana siguiente Mahometo ordenó el asalto.

Constantinopla se sentía consternada. Sus habitantes pasaron la última noche del imperio ocupados en dirigir al cielo fervientes súplicas y en recorrer procesionalmente las calles que pronto debían ser profanadas por las sandalias de los infieles.

El asalto fué violento, como puede suponerse, siendo impulsado por la nervuda mano de Mahometo. Sólo tres horas duró el combate, pero aquellas tres horas equivalieron á muchos siglos. Al grito de *victoria*, los musulmanes profanaron todo lo sagrado y degollaron todo lo valiente de aquel pueblo, víctima de sus históricos desaciertos.

Dos días después de haber caído Constantinopla, apareció en sus mares la escuadra veneciana, romana y catalana, que la hubiera libertado. Dios tenía escrito su decreto, y los vientos, las olas y los hombres fueron sus ejecutores.

Á la caída de Constantinopla estremeciése la Europa. Los monarcas cristianos esforzaronse en agitarse y coaligarse para arrebatarse á los turcos su preciosa conquista. Æneas Sylvius se constituyó expresión elocuente de los votos de Europa, escribiendo á Nicolás V una carta sentimental, en la que, en nombre de la cristiandad toda, en nombre de la Iglesia, deshonrada por la violación de sus basílicas, en nombre de la poesía, de la filosofía, cuya antorcha acababa de apagarse, en nombre de la gloria personal de Nicolás, le conjuraba á organizar la defensa. «Cuando los escritores que se encargarán, le decía, de contar á los siglos venideros la historia de los pontífices romanos, se ocuparán de vuestro reinado, dirán sin duda: Nicolás V libertó del yugo de los tiranos al patrimonio de San Pedro, reunió la Iglesia dividida, reconstruyó el palacio apostólico, embelleció el palacio del Príncipe de los Apóstoles, celebró jubileo secular, é impuso la corona al jefe del santo imperio. Mas todos estos gloriosos hechos parecerá se oscurecen al añadir los mismos escritores: No obstante, bajo tan brillante pontificado, la real ciudad de Constantinopla fué tomada y saqueada por los turcos.»

No puede acusarse al Papa de haber descuidado la restauración del imperio oriental; pero sus esfuerzos se estrellaron contra la inercia y el decaimiento del espíritu político. Pudo ya preverse que la cruz de JESUCRISTO tardaría muchos años y muchos siglos en recuperar el trono bizantino. Los desastres de las antiguas cruzadas, la memoria de la catástrofe de Beziers y de la muerte de San Luis acontecidos en el siglo XIII apagaba todo entusiasmo y contrabalaceaba los generosos esfuerzos de los más celosos.

El mahometismo continuaba siendo una terrible amenaza para la civilización de Europa.

## XCVIII.

## RESÚMEN DEL TRATADO CUARTO.

Combates, defensas y victorias de la Iglesia.

## COMBATES.

Persecucion de los arrianos contra la vida monacal.—Persecucion pelagiana.—Persecucion eutiQUIANA.

*Perseguidores.* Eudoxia.—Teodosio el Joven.—Pelagio.—Nestorio.—Teodoro de Mopsumestia.—Eutiques.—Dióscoro de Constantinopla, protector de Eutiques.—Crisafio, eunuco de la corte, protector de Eutiques.—Teodosio, agitador de Palestina.—Elur.—Basilisco.—Genserico.—Pedro Tulon el Batanero.—Acacio.—Miguel Cerulario.—Enrique IV.—Guibert.—Enrique V.—Mauricio Bourdin.—Mahoma.—Omar.—Muza.—El emperador Constancio.—Leon de Isaura.—Los iconoclastas.—Miguel IV.—Bardas.—Focio.—Quenulfo, Etelredo, Guillermo el Conquistador, Guillermo el Rojo, Enrique I, Enrique II y Enrique III, monarcas de Inglaterra.—Arnaldo de Brescia.—Luis el Joven.—Los albigenses.—Los valdenses.—Federico II.—Juan Colonna.—Manfredo.—Felipe el Hermoso.—Guillermo Plasian.—Los gibelinos.—Oliva.—Luis de Baviera.—Bernardo Delicioso.—Miguel de Cesene.—Pedro de Corbiere.—Rienzi.—Juan de Vico.—Ordelaffi.—Barnábos.—Los antipapas.—Ladislao de Nápoles.—Braccio de Montone.—Juan Hus.—Jerónimo de Praga.

*Mártires principales.* San Nicasio de Reims.—San Flavian.—Severiano, obispo de Scytópolis.—Atanasio, diácono de Jerusalem.—San Proterio.—Santa Úrsula y sus compañeras.—Martiniano y sus tres hermanos.—El conde Armogasto.—San Nicasio, Saturo, Florentino é Hilario.—San Hormisdas.—Suanes.—Arethas.—Brecio.—San Hermenegildo.—Ingunda.—Mártires españoles.—Mártires persas.—Eulogio.—Martin I.—Máximo.—Juan Damasceno.—Andres el calabita.—Innumerables monjes en Oriente.—Ignacio.—Enrique, rey de Suecia.—Eduardo, rey de Inglaterra.—Tomas Becket.—Juan Nepomuceno.

*Escritores adversarios.* Pelagio.—Celestio.—Berenguer.—Hugo el Blanco.—Tanquelino.—Pedro Abelardo.—Gilberto Porretan.—Pedro Valdo.—Almarico.—Waltero.—Francisco de Pistoya.—Martin Gonzalve.—Raimundo Lulio.—Juan Hus.—Jerónimo de Praga.—Picardo.—Agustin de Roma.—Juan de Wesel.—Herman de Ryswick.—Juan de Gand.—Wicleff.

## DEFENSAS.

Concilio en Roma en 430 contra Nestorio.—Concilio en Egipto contra el error nestoriano.—Concilio de Efeso.—Concilio de Constantinopla.—Concilio de Calcedonia.—Concilios generales IX, X, XI y XII en Letran, XIII y XIV en Lyon, XV en Viena, XVI en Pisa, XVII en Constanza, y otros Concilios particulares en diversas partes del mundo.—Órdenes religiosas y de caballería en defensa de los principios y de los intereses de la Iglesia.—Orden de los camaldulenses.—Caballeros españoles de Santiago contra los moros.—Orden benedictina.—Religiosos hospitalarios de Jerusalem.—Orden cisterciense.—Orden de San Juan de Jerusalem.—Orden de los Templarios.—Caballeros de San Lázaro de Jerusalem.—Caballeros de Alcántara.—Orden militar de Calatrava.—Orden del Carmen.—Caballeros teutónicos.—Caballeros de Livonia.—Hospitalarios del Santo Espiritu.—Orden franciscana.—Orden de

Predicadores.—Órden de la Merced, redentora de cautivos.—Órden de la Estrella.—Caballeros de San Jorge.—Caballeros de Santiago en Portugal.—Caballeros de Montesa.—Órden militar de Cristo en Portugal.—Caballeros de Santa Brígida en Suecia.—Órden militar del Navío en Nápoles.—Órden militar de la Paloma.—Órden militar de la Anunciación.—Caballeros del Toison de Oro.—Caballeros de San Miguel.

*Escritores fieles.*—Juan Crisóstomo.—Jerónimo.—Agustín.—Cirilo de Alejandría.—Teodoreto de Ciro.—Eusebio de Dorilea.—Efrem.—Benito.—Leandro.—Isidoro de Sevilla.—Ildefonso.—Juliano.—Juan Damasceno.—Humberto.—Bernardo.—Pedro Lombardo.—Juan de Salisbury.—Antonio de Pádua.—Vicente de Beauvais.—Juan de Dios.—Santa Gertrudis.—Alberto el Grande.—Pantaleón.—Tomas de Aquino.—Buenaventura.—Juan Scot.—Lulio.—Barlaam.—Santa Brígida.—Santa Catalina de Sena.—Gerson.—Vicente Ferrer.—Bernardino de Sena.—Lorenzo Justiniano.—Juan Capistrano.—Juan de Segovia.—Antonino de Florencia.—Tomas de Kempis.—Æneas Sylvius.

*Papas.* Anastasio.—Inocencio I.—Socimo.—Bonifacio I.—San Celestino.—Sixto III.—San Leon el Grande.—San Hilario.—San Simplicio.—San Félix III.—Gelasio.—Anastasio II.—San Símaco.—San Hormisdas.—San Juan I.—Félix IV.—Bonifacio II.—Juan II.—Agapeto.—Silverio.—Vigilio.—Pelagio I.—Juan III.—Benito I.—Pelagio II.—Gregorio Magno.—Sabiniano.—Bonifacio III.—Bonifacio IV.—Deusdedit.—Bonifacio V.—Honorio I.—Severino.—Juan IV.—Teodoro.—Martin I.—Eugenio I.—Vitaliano.—Adeodato.—Dono.—Agaton.—Leon II.—Benito II.—Juan V.—Conon.—Sergio.—Juan VI.—Juan VII.—Sisinio.—Constantino.—Gregorio II.—Gregorio III.—Zacarias.—Estéban II.—Pablo I.—Estéban III.—Adriano I.—Leon III.—Estéban IV.—Pascual I.—Eugenio II.—Valentin.—Gregorio IV.—Sergio II.—Leon IV.—Benito III.—Nicolas I.—Adriano II.—Juan VIII.—Martin II.—Adriano III.—Estéban V.—Formosio.—Estéban VI.—Teodoro II.—Juan IX.—Benito IV.—Leon V.—Sergio III.—Anastasio III.—Lando.—Juan X.—Leon VI.—Estéban VII.—Juan XI.—Leon VII.—Estéban VIII.—Martin III.—Agapeto II.—Juan XII.—Benito V.—Juan XIII.—Benito VI.—Dono II.—Juan XIV.—Juan XV.—Gregorio V.—Silvestre II.—Juan XVII.—Juan XVIII.—Sergio IV.—Benito VIII.—Juan XIX.—Gregorio VI.—Clemente II.—Benito XI.—Dámaso II.—Leon IX.—Víctor II.—Estéban IX.—Nicolas II.—Alejandro II.—Gregorio VII.—Víctor II.—Urbano II.—Pascual II.—Gelasio II.—Calixto II.—Honorio II.—Inocencio II.—Celestino II.—Lucio II.—Enrique III.—Anastasio IV.—Adriano VI.—Alejandro III.—Lucio III.—Urbano III.—Gregorio VIII.—Clemente III.—Celestino III.—Inocencio III.—Honorio III.—Gregorio IX.—Celestino IV.—Inocencio IV.—Alejandro IV.—Nicolas III.—Urbano IV.—Clemente IV.—Gregorio X.—Inocencio V.—Adriano V.—Juan XXI.—Martin IV.—Honorio IV.—Nicolas IV.—Celestino V.—Bonifacio VIII.—Benito XI.—Clemente V.—Juan XXII.—Benito XII.—Clemente VI.—Inocencio VI.—Urbano V.—Gregorio XI.—Urbano VI.—Bonifacio IX.—Inocencio VII.—Gregorio XII.—Alejandro V.—Juan XXIII.—Martin V.—Eugenio IV.—Nicolas V.—Calixto III.—Pío II.—Paulo II.—Sixto IV.—Inocencio VIII.—Alejandro VI.

*Grandes hombres.* San Benito.—Abelardo.—San Bernardo.—Santo Domingo.—Santo Tomas.—San Francisco de Asis.—Alberto el Grande.—Rogerio Bacon.—Raimundo Lulio.—San Vicente Ferrer.—Æneas Sylvius.

#### VICTORIAS.

*Conversiones.* Aspabete, príncipe árabe.—Gerásimo.—Ethelberto.—Siete mil hombres en Piritz convertidos por Othon de Bamberg.—En Brescia ocho franciscanos bautizaron á doscientos mil infieles.—Lasco, duque de Moldavia.—Anastasio, caudillo persa.—Abelardo.—Abner.—Alejandro Newiski.—Alfonso de Zamora, judío sabio.—Alja, princesa rusa.—

# HISTORIA DE ESPAÑA, HISTORIA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Juan de Mariana, es uno de los más ilustres historiadores que ha producido España. Su obra es una verdadera obra maestra, y merece ser leída por todos los que se interesan por la historia de España.

# HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en Francia, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Juan de Mariana, es uno de los más ilustres historiadores que ha producido España. Su obra es una verdadera obra maestra, y merece ser leída por todos los que se interesan por la historia de Francia.

# LA LUCHA POR ESPAÑA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Juan de Mariana, es uno de los más ilustres historiadores que ha producido España. Su obra es una verdadera obra maestra, y merece ser leída por todos los que se interesan por la historia de España.

# EL REMONOVIMIENTO O LA FURIA DE LA CONCIENCIA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Juan de Mariana, es uno de los más ilustres historiadores que ha producido España. Su obra es una verdadera obra maestra, y merece ser leída por todos los que se interesan por la historia de España.

# ILUSTRACION NUMEROSA - LAS HISTORIAS CROMWEL

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Juan de Mariana, es uno de los más ilustres historiadores que ha producido España. Su obra es una verdadera obra maestra, y merece ser leída por todos los que se interesan por la historia de España.

# ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES

O ESCENA TIERRA DE LA VIDA DE SAN JOSE

POR DON JOSE PALLAS

# LA PASION DEL REDENTOR

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Juan de Mariana, es uno de los más ilustres historiadores que ha producido España. Su obra es una verdadera obra maestra, y merece ser leída por todos los que se interesan por la historia de España.

# AÑO DE MARIA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Juan de Mariana, es uno de los más ilustres historiadores que ha producido España. Su obra es una verdadera obra maestra, y merece ser leída por todos los que se interesan por la historia de España.

# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

*desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.*

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 110 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

*desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.*

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.— LAS MISIONES CATOLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

## LA PASION DEL REDENTOR.

*Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.*

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

## AÑO DE MARIA,

*ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.*

Seis tomos en 4.º ilustrados con 60 láminas de regalo, á 260 rs. en relieve; ó 110 cuadernos de 56 páginas, á 2 rs. el cuaderno.—Cada tomo comprende dos meses.